

## CRÓNICAS

---

Pierre Chaunu (1923-2009), *in memoriam*

Un gran historiador, un gran cristiano, un gran profesor que, con su pasión titánica –no hay que temer al superlativo cuando uno habla del generoso y explosivo Chaunu– sabía transmitir su ciencia y su entusiasmo:

«Clamaron que Dios había muerto. Mil signos nos llevan a pensar que se equivocaron. No basta con recibir, hay que transmitir. ¿Transmitir qué? Del lado de las religiones del Dios trascendental, una historia, la historia de una tribu y de lo que los padres creyeron saber de lo que habían recogido y, valioso depósito, confiado a las escrituras primas, un discurso, pues, una huella que obedecen a reglas que hay que entender: «Busquen y encontrarán».

Cito de memoria a Pierre Chaunu, durante una defensa de tesis, el 12 de diciembre de 1971. Había bajado de la tribuna del jurado y caminaba desarrollando su comentario con la elocuencia suya, la de quien predicaba en domingo en su templo calvinista. Un físico de luchador, fuerte, no muy alto, mandíbula cuadrada, pelo blanco cortado a ras, la mirada aguda y una voz singular que podía subir en los altos. Los que lo escucharon en la radio en «Les lundis de l'Histoire», los que lo escucharon y lo vieron, no lo pueden olvidar. Sus clases de licenciatura en la universidad de Caen, luego de la Sorbona, sus seminarios de doctorado en los Altos Estudios, sus intervenciones en los congresos, eran espectáculos inolvidables que valían tanto por el tema como por el artista.

Pierre Chaunu contribuyó de manera incomparable al prestigio y a la influencia de la escuela histórica francesa entre 1960 y 2000 y nos deja una obra inmensa y variada que es imposible presentar en una oración fúnebre que no puede ir más allá de la afirmación: lo que nos ha transmitido ese gigante nos alimentó, nos alimentará a nosotros y a nuestros sucesores durante mucho tiempo.

Decenas de libros, centenares de artículos, horas y horas de intervenciones radiofónicas, pero, para empezar, su tesis monumental, en doce volúmenes, sobre «Sevilla y el Atlántico 1504-1650», que no hubiera podido realizar sin la ayuda de su esposa Huguette. Con esta obra (1955) y las siguientes se afirmó como uno de los especialistas más audaces de la historia y de la cultura hispánica; nunca la abandonó, si uno piensa en su «Charles Quint» (con Michèle Escamilla, 2000). Historia hispánica abarca todo, de Sevilla a Manila («Les Philippines et le Pacifique des Ibériques», 2 vols. 1960-1966), pasando por Río, México y Cuzco. Infatigable, era capaz de abrazarlo todo como en su fabuloso «L'Amérique et les Amériques» (1964) que, de manera pionera y con muy pocos imitadores, trata a la vez de todas las Américas, francesa, inglesa, portuguesa, española, indias, estadounidense y canadiense. A la hora de los bicentenarios de las independencias latinoamericanas, sigue siendo un libro provocador y revolucionario.

Mil novecientos sesenta y cuatro es un parte aguas en su vida y su obra, con la muerte de su joven hijo Marc; se aleja de América y de España para lanzarse a la

conquista de la historia de la Europa moderna, de la muerte y de la vida, con el estudio de la demografía y de los testamentos, empleando la metodología de lo que llamaba «histoire sérielle» («Histoire quantitative, histoire sérielle», 1978). Eso nos vale el admirable «La mort à Paris, XVIIe-XVIIIe siècles» (1978). Hombre de archivos y de monografías cuando necesario, es también el hombre de las síntesis geniales y de los grandes frescos, como lo demuestran los dos tomos publicados en una gran colección (Arthaud) sobre «La civilisation de l'Europe classique» (1966) y «La Civilisation de l'Europe des Lumières» (1971). Estos dos libros serán muy difíciles de superar, no solo por la inmensidad de los conocimientos que necesitaron, sino por la amplitud de un pensamiento generoso que no concibe historia sino mundial, global, total. Después de Marc Bloch y Lucien Febvre, Fernand Braudel; después de Braudel, Pierre Chaunu: «No separo el pasado del porvenir, el vértigo de lo que vino antes y el vértigo del después» (en su estilo compacto y barroco: «je ne sépare pas le passé et l'avenir, le vertige de l'avant et celui de l'après»).

Nos dice: «La vida es tanto más hermosa que la sé amenazada; impedido por las circunstancias de ser verdaderamente útil a los míos –la investigación medical me fascinó siempre –me volví historiador. Logré persuadirme que un conocimiento más amplio del pasado podía servir, quizá, a caminar hacia un mal menor. Por lo tanto busqué lejos, antes, allende y afuera de lo que fue durante mucho tiempo el campo estrechamente político y franco-francés de nuestra «Revolución» mitificada como ombligo del mundo y recitada como se oía, en mi juventud, rebuznar el burro del molino a la vuelta del camino».

Hombre de coraje («Colère contre colère», 1991), no sabía odiar, pero sí, pelear. Protestante en su edad adulta, defendía la Iglesia católica mejor que todos sus campeones. «Nuestra vieja madre romana...» decía en el anfiteatro. Y ahí están sus maravillosos libros «Le temps des réformes» (1975) sobre la ruptura de la antigua cristiandad latina y «Eglise, culture et société. Réforme et Contre-Réforme» (1980). Propuso hablar de Reforma católica, en lugar de Contra Reforma...

Republicano, se lanzó en solitario, cuando se acercaban las celebraciones del bicentenario de la revolución francesa, para exigir que la Quinta República le diera por fin su lugar a la tragedia de la Vanda en la memoria colectiva francesa y en su historia oficial. De modo que vimos al hugonote defender el honor de los campesinos católicos de 1793 y denunciar «el genocidio franco-francés» perpetrado por los ejércitos jacobinos, comparándolos a los «Camisards» protestantes defensores de su fe contra los «dragones» de Luis XIV y a los Cristeros mexicanos de los años 1920 y 1930. Puso fin victoriosamente a la conspiración del silencio, de modo que hoy en día lo que parecía escandaloso e inadmisibles en 1985, ha sido aceptado de todos.

Otro combate suyo fue la lucha sin descanso contra el aborto que comparaba a la peste; en 1976 había publicado «Demographie historique et système de civilisation», a consecuencia de sus trabajos sobre el derrumbe demográfico de los mundos indianos a la hora de la conquista española, y sus factores biológicos y psicológicos.

Quizá eso lo llevó a tomar conciencia de «Un futur sans avenir. Histoire et population» (1979) y a escribir «Histoire et décadence» (1982) y varios otros libros para denunciar el suicidio demográfico de la vieja Europa. Al final de «Colère...» pudo escribir: «Sé, ahora, que el combate por la vida es inseparable del combate por el sentido. Sé que este instante y todos los instantes que arman mi vida, existen en el tiempo que fluye, en el tiempo que olvida, pero que la traza queda para siempre en un Todo Otro, todo allende. Por lo mismo, mientras me habite un soplo de vida, no puedo resolverme a sacrificar uno solo de estos instantes. Tal convicción la compartí con ochenta a 90 mil millones de seres, mis prójimos, mis primos, mis hermanos (...) En verdad, ¿de qué tendríamos miedo? En la barca sacudida, sobre el agua erizada del lago, la mano se extiende de El que dijo antaño a Pedro y a sus compañeros: «no tengáis miedo».

Jean MEYER

Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE)  
Carretera México-Toluca 3655 Col. Lomas de Santa Fe  
Deleg. Álvaro Obregón  
C.P. 01210, México, D.F.  
jean.meyer@cide.edu

---

## Louis-Jacques Bataillon, OP (1914-2009), *in memoriam*

Bataillon, Jacques Henri (en religión Frère Louis) nació en París el 2 de julio de 1914. Diplomado de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, doctor en derecho.

Entró en el noviciado de la Orden de Predicadores en el convento de Saint-Jacques en París y recibió el hábito de dominico el 22 de septiembre de 1945. Pronunció sus votos simples el 23 de septiembre de 1946, y residió en el convento de Saulchoir d'Étiolles (Essone) para seguir el *cursus* ordinario de formación de los hermanos, en filosofía y teología. Fue ordenado sacerdote el 16 de julio de 1950. Obtuvo el grado universitario de lector en teología.

El hubiera querido estudiar en el Instituto de estudios orientales de El Cairo, pero por motivos de salud y de edad para estudiar las lenguas semíticas hicieron imposible el propósito. Desde la conclusión de sus estudios, en 1952, es nombrado miembro de la Comisión Leonina (Colegio de Editores de las obras de Santo Tomás de Aquino) junto con otros jóvenes dominicos (Hyacinthe Dondaine, René-Antoine Gauthier, Pierre-Marie Gils, Bertrand-Georges Guyot y Maurice Perrier) y continúa viviendo en el convento de Saulchoir hasta el 3 de enero de 1973, fecha en que la Comisión Leonina es trasladada a Grottaferrata, en las inmediaciones de Roma.